

los Reyes de Judá, á arrojarle de la herencia de sus padres, y á reintegrarse en el trono prometido á su posteridad. ¿Con qué gusto, pues, podia mirar á unos hombres, que venian á declarar en medio de Jerusalén, que habia nacido el Rey de los Judios, y á declararlo á un pueblo tan zeloso de la sangre de David, y tan impaciente con todo dominio extranjero? No obstante, los Magos nada ocultan de quanto vieron en Oriente, ni templan este gran suceso con expresiones menos propias para despertar los zelos de Herodes; podian llamar al Mesías que buscaban, el enviado del cielo, ó el deseado de las naciones; podian distinguirlo con títulos menos odiosos á la ambicion de Herodes; pero llenos de la verdad que se les manifestó, no conocen estas tímidas evasiones; estaban persuadidos á que los que no quieren recibir la verdad, sino con el favor de sus errores, no son dignos de conocerla; no saben cubrirla con respetos y disfraces indignos de ella; y preguntan sin rodeos: ¿dónde está el nuevo Rey de los Judios? y no contentos con mirarle como dueño de la Judea, declaran que aun el cielo le pertenece, que son suyos los Astros, y que solo se manifiestan en el Firmamento para executar sus órdenes: *Vidimus enim, &c.*

Al contrario los Sacerdotes y Doctores, obligados por la evidencia de las Escrituras á glorificar á la verdad, la mitigan con expresiones disfrazadas; procuran unir el respeto que deben á la verdad, con la condescendencia que quieren conservar con Herodes; suprimen el título de Rey que acaban los Magos de dar al Mesías, y que tantas veces le habian dado los Profetas; se le demuestran por una qualidad que podia denotar en él igualmente una autoridad de doctrina, ó de poder: le anuncian mas como Legislador establecido para arreglar las costumbres, que como Soberano

sus-

suscitado para librar á su pueblo de la esclavitud: *Ex te enim exiet dux, qui regat populum meum Israel.* (a) Y aunque ellos mismos esperaban un Mesías Rey y Conquistador, suavizan la verdad que quieren anunciar, y acaban de cegar á Herodes, á quien li-  
songean.

¡Deplorable suerte de los Grandes! Los labios de los Sacerdotes se debilitan quando los hablan; luego que se manifiestan sus pasiones, se les trata con cautela; la verdad nunca se les presenta sino con dos caras, de las quales la una siempre es favorable; no quieren los Sacerdotes hacer traycion á cara descubierta á su ministerio, y á los intereses de la verdad; pero quieren conciliarlos con sus propios intereses: intentan salvar la regla y sus pasiones, como si pudieran subsistir las pasiones con la regla que las condena; rara vez sucede que los Grandes se instruyan, porque rara vez sucede que al tiempo de instruirlos no se intente agradarlos; con todo eso, los mas amarian la verdad si la conocieran; las pasiones y los excesos de la edad, favorecidos de los deleites que los cercan, pueden detenerlos; pero el fondo de religion que tienen, les hace que respeten siempre á la verdad; puede decirse que la ignorancia condena mas Principes y Grandes, que personas de mas baxa esfera; y que la vil condescendencia que con ellos se usa, deshonorá mas el ministerio, y ocasiona mas oprobios á la religion que los mayores escandalos que castigan la Iglesia.

La conducta de estos Sacerdotes os parecerá indigna, Católicos; pero si quereis juzgaros á vosotros mismos, y examinar menudamente vuestras obligaciones, vuestras conexiones, y vuestras conversaciones, vereis que to-

dos

(a) Matth. 2. v. 6.

Tomo I.

Rc.

dos vuestros discursos, y todos vuestros pasos no son más que mitigaciones de la verdad, y arbitrios para conciliarla con las preocupaciones ó pasiones de aquellos con quienes tenéis que vivir; nunca les manifestamos la verdad, sino por aquella parte por donde puede agradarles; siempre hallamos algo bueno, aun en sus más deplorables vicios; y como todas las pasiones se parecen á alguna virtud, siempre las salvamos á favor de esta semejanza.

Por eso en presencia de un ambicioso hablamos siempre del amor á la gloria, y del deseo de conseguirla; como de las únicas inclinaciones que forman los hombres grandes; lisongeamos su soberbia, y encendemos sus deseos con esperanzas y pronósticos lisongeros y quiméricos; mantenemos el error de su imaginación, representándole fantasmas con que él mismo se sustenta continuamente: acaso alguna vez nos compadecemos en general de los hombres, que tanto se agitan por unas cosas que distribuye la casualidad, y que mañana nos quitará la muerte, pero no nos atrevemos á reprehender al insensato, que sacrifica á este humo su sosiego, su vida, y su conciencia: en presencia de un vengativo justificamos su sentimiento y su colera; le minoramos su delito, autorizando la justicia de sus quejas; lisongeamos su pasión, exágerando la maldad de su enemigo; solemos atrevernos á decir, que es preciso perdonar; pero no nos atrevemos á añadir, que el primer grado del perdón es no hablar de la injuria recibida.

En presencia de un cortésano mal contento con su fortuna, y envidioso de la de otros, le manifestamos sus concurrentes baxo aquel aspecto que les es menos favorable; ocultamos con destreza su mérito y su gloria, para que no se ofenda la vista del que nos escucha; minoramos y obscurecemos el resplandor de sus talentos y servicios, y con nuestras injustas conden-

condencias agriamos la pasión, le ayudamos á cegarse, y á mirar todos los honores que se distribuyen á sus próximos, como usurpaciones hechas á él; ¡pues en la presencia de un pródigo! Sus profusiones no son en nuestra boca más que una señal de generosidad y magnificencia. En la presencia de un avaro, su dureza y mezquindad no son más que una sabia moderación, y una economía doméstica. En la presencia de un Grande, sus preocupaciones y errores hallan siempre en nosotros dispuestas las apoloías: respetanse sus pasiones como su autoridad, y sus preocupaciones se hacen nuestras. Finalmente, tomamos los errores de todos aquellos con quienes vivimos; nos transformamos en ellos; nuestro mayor estudio consiste en conocer sus flaquezas, para apropiarnoslas; no tenemos idioma propio; hablamos siempre el lenguaje de los otros; nuestros discursos no son más que una repetición de sus preocupaciones; y á este indigno abajamiento de la verdad llamamos ciencia del mundo, y prudencia que sabe gobernarse; y el grande arte de conseguir y agradar. *Oh hijos de los hombres, hasta cuándo amareis la vanidad y la mentira!* (a)

De este modo, Católicos, perpetuamos el error entre los hombres; autorizamos todos los abusos, justificamos sus falsas máximas, damos un colorido de inocencia á todos los vicios, mantenemos el reyno del mundo y su doctrina contra el de Jesu-Christo, y corrompemos la sociedad, cuyo primer vínculo debiera ser la verdad. De las obligaciones y cortesías de la vida civil, establecidas para animarnos á la virtud, formamos lazos y ocasiones inevitables de ruina: mudamos la amistad, que debiera ser el remedio de nues-

tros.  
No condeno por esto las condenas de una  
apla bndencia, que parece conde

(a) Psalm. 4. v. 2.

Rr 2

tros errores y desordenes, en un comercio de disfraz y seduccion: en una palabra, haciendo de este modo rara la verdad entre los hombres, la hacemos odiosa ó ridicula; y quando digo hacernos, hablo principalmente con aquellas almas entregadas á Dios, y que están encargadas en la tierra de los intereses de la verdad. Quisiera, Católicos, que las almas fieles usasen en el mundo de distinto lenguaje; que se hallasen en ellas otras máximas, otros pensamientos distintos de los de los demás hombres, y que mientras todos hablan el idioma de las pasiones, ellas solas hablasen el de la verdad: quisiera que ya que el mundo tiene sus *Balaanes*, que con sus discursos y consejos autorizan el desorden y la libertad; tuviese también la piedad sus *Phinees*, que abiertamente se declarasen por los intereses de la ley de Dios, y de la santidad de sus máximas; que ya que el mundo tiene sus impíos y sus falsos sabios, que se glorían de publicar que se debe gozar de lo presente, y que el fin del hombre no es distinto del de las bestias, la piedad tuviese sus Salomones, que desengañados con su propia experiencia, se atreviesen á publicar altamente que fuera del temor del Señor, y la obediencia á sus preceptos, todo lo demás es vanidad; que ya que el mundo tiene sus encantadores que engañan á los pueblos, y á los Reyes, con sus adulaciones y prestigios, tuviese la piedad sus Moysés, y Aarones, que tuviesen valor para confundir con la fuerza de la verdad sus artificios é imposturas: en una palabra, que ya que el mundo tiene sus Sacerdotes y Doctores que debilitan la verdad, como los del presente Evangelio, tuviese la piedad sus Magos, que no temiesen el anunciarla, aun delante de aquellos á quienes no puede menos de desagradar.

No condeno por esto las condescendencias de una sabia prudencia, que parece concede alguna cosa á las

preocupaciones de los hombres, solamente por atraerlos con mas seguridad á la regla, y á la obligacion: Bien sé que la verdad no quiere defensores indiscretos y temerarios; que las pasiones de los hombres piden ciertas condescendencias y respetos; que son enfermos á quienes muchas veces es preciso disfracar y suavizar los remedios, y casi siempre curarlos sin que lo conozcan: Bien sé que todos los rodeos que no se dirigen mas que á establecer la verdad, no son flaquezas, sino arbitrios, y que la regla mas segura del zelo de la verdad es la caridad y la prudencia; pero no es esto lo que se intenta, quando se la debilita con condescendencias indignas y lisongeras; se quiere agradar; no se intenta edificar; nos ponemos nosotros en el lugar de la verdad, y queremos grangearnos los votos que solo á ella se deben; ni basta el responder que los justos que se precian de no poder hacer traycion á la verdad, tienen por lo comun mas austeridad y obstentacion, que caridad. El mundo siempre falso, cuyos comercios y conexiones caminan siempre sobre el disimulo y artificio, que funda en esto su honor y su ciencia; y que no conoce esta noble rectitud, no puede suponerla en los demás; su profunda corrupcion es quien le hace sospechosa la sinceridad y el valor de los justos; su proceder le parece temerario, porque para él es nuevo; y como advierte en él algo de extraordinario, mas quiere persuadirse á que es soberbia, ó extravagancia, que virtud.

Y de aqui proviene el que no solo se disfraza la verdad, sino que publicamente se la hace traycion. El último disimulo de los Sacerdotes de nuestro Evangelio es un disimulo de mentira: no se contentan con alegar las Profecías en términos oscuros y disfrazados, sino que viendo que los Magos no volvian de

Jerusalén, como lo habian prometido; añaden, sin duda por sosegar á Herodes, que avergonzados de no haber hallado al nuevo Rey que buscaban, no se han atrevido á parecer; que son unos estrangeros poco versados en la ciencia de la Ley, y de los Profetas; y que la luz del cielo á quien decian seguir, no era mas que una ilusion vulgar, y una preocupacion supersticiosa de una nacion bárbara y crédula; y á la verdad era preciso que ellos hablasen á Herodes de este modo, pues su modo de proceder fue consiguiente, y no van á Bethlem á buscar al nuevo Rey recién nacido, como para acabar de persuadir con esto á Herodes, que en la pesquisa supersticiosa de estos Magos, habia mas de credulidad que de verdad.

Y esto es en lo que por último venimos á parar, á fuerza de condescender con las pasiones de los hombres, y de querer agradarlos á costa de la verdad; por último la abandonamos á las claras; la sacrificamos con cobardía, y sin rodeo á nuestros intereses, á nuestra fortuna, y á nuestra gloria; hacemos traycion á nuestra conciencia, á nuestra obligacion, y á nuestras luces; por eso, luego que la verdad nos incomoda, nos expone, nos daña, ó nos hace molestos, la negamos, la despreciamos, la entregamos á la opresion, y á la injusticia: negamos como Pedro el que se nos haya visto ser sus discipulos; de este modo nos formamos un corazon cobarde y vil, á quien nada cuesta una mentira util; un corazon lleno de dobléz y artificio, que toma todas las figuras, sin tener jamás ninguna fija; un corazon flaco y lisongero, que no se atreve á negar su voto sino á la virtud inutil y desgraciada; un corazon corrompido é interesado, que hace servir á sus fines la religion, la verdad, la justicia, y quanto hay de mas sagrado entre los hombres:

bres: en una palabra, un corazon capaz de todo, menos de ser verdadero, generoso, y sincero. Y no os parezca que son raros en el mundo los pecadores de este carácter; en estos defectos solo huimos la publicidad y la vergüenza; las maldades seguras y ocultas hallan pocos corazones escrupulosos, y las mas veces no amamos en la verdad mas que la reputacion y la gloria.

Solamente debemos cuidar de que quando intentamos defender los intereses de la verdad, no defendamos las ilusiones de nuestro propio espíritu. La soberbia, la ignorancia, la porfia dán todos los dias al error unos defensores tan intrépidos y obstinados, como aquellos de que se gloria la Fé. La sola verdad digna de nuestro amor, de nuestro zelo, y de nuestro valor, es la que nos manifiesta la Iglesia: solo por ella es por quien debemos sufrirlo todo: sin ella no somos mas que los mártires de nuestra obstinacion, y de nuestra vanidad.

¡Oh Dios mio! Derramad en mi alma aquel amor humilde y generoso de la verdad con que se sustentan vuestros escogidos en el cielo, y que es el que constituye el carácter de los justos en la tierra; haced que yo no viva mas que para glorificar vuestras verdades eternas, para honrarlas con la santidad de mis costumbres, para defenderlas por solo el zelo de vuestros intereses, y para oponerlas continuamente al error y á la vanidad. Destruid en mi corazon estos temores humanos, esta prudencia de la carne, que concilia los errores y los vicios con las personas. No permitais que yo sea una debil caña, facil de mover á todos vientos, ni que jamás me avergüence de llevar sobre mi frente la verdad, como el mas honroso título de que puede gloriarse una criatura vuestra, y como la mas gloriosa señal de vuestras misericordias para con mi alma: *Et ne auferas de ore meo verbum veritatis usquequaque.*

que. (a) A la verdad, Señores, no basta el ser su testigo y depositario, es necesario tambien ser su defensor: carácter opuesto al de Herodes que hoy es su enemigo y perseguidor. Ultima instruccion que nos dá nuestro Evangelio: *La verdad perseguida.*

## PARTE TERCERA.

SI es delito el resistir á la verdad quando ella nos ilustra, el retenerla injustamente quando somos deudores de ella á los demás, es lo ultimo de la iniquidad; y el combatirla y perseguirla es la mas segura señal de reprobacion. No obstante, no hay cosa mas comun que esta persecucion de la verdad, y el impío Herodes, que hoy se declara contra ella, tiene mas sequaces de lo que parece.

Porque primeramente, la persigue con el público desvío que manifiesta de la verdad, llevando tras de sí á toda Jerusalén con su exemplo: *Turbatus est, & omnis Jerosolyma cum illo.* (b) Que es lo que llamo persecucion de escandalo. En segundo lugar, la persigue procurando corromper á los Sacerdotes, y aun poniendo emboscadas á la piedad de los Magos: *Clam vocatis Magis, diligenter didicit ab eis:* (c) y á esto llamo persecucion de seduccion. Finalmente, la persigue derramando la sangre inocente: *Et mittens occidit omnes pueros,* (d) y á esto llamo persecucion de fuerza, y de violencia. Si la brevedad de un discurso me permitiera, Católicos, el exáminar estos tres géneros de persecuciones de la verdad, acaso no habria ninguno en que no os hallaseis culpables.

Por

(a) *Psalm.* 118. v. 43.

(b) *Matth.* 2. v. 3. (c) *Ibid.* v. 7.

(d) *Ibid.* v. 16.

Porque primeramente, ¿quién puede preciar de no ser del número de los que persiguen á la verdad con sus escandalos? No hablo de aquellas almas desenfrenadas que han levantado el estandarte de la culpa, y del libertinage, sin tener casi respeto alguno al público: los escandalos mas ruidosos no son siempre los mas temibles; y el desorden manifiesto quando llega á cierto punto, las mas veces nos adquiere mas censores de nuestra conducta que imitadores de nuestros excesos. Hablo de aquellas almas entregadas á los placeres, á las vanidades, á todos los abusos del siglo, cuya conducta, regular en lo demás, no solo es irreprehensible á los ojos del mundo, sino que tambien se grangea la estimacion, y alabanza de los hombres: y digo que estos persiguen á la verdad con solo su exemplo; que aniquilan, en quanto está de su parte, en todos los corazones las máximas del Evangelio, y las reglas de la verdad: que gritan á todos los hombres, que el huir de los deleites es una precaucion inutil: Que el amor del mundo, y el de la virtud no son incompatibles: Que el gusto de los espectáculos, del bien parecer, de las diversiones públicas, es un gusto inocente, y que se puede vivir bien, viviendo como lo restante del mundo: esta regularidad mundana es una continua persecucion de la verdad, y tanto mas peligrosa, quanto está mas autorizada; nada tiene de odioso, y nadie se guarda de ella; acomete á la verdad sin violencia, y sin efusion de sangre, baxo la imagen de paz, y de sociedad; y hace que sean mas los desertores de la verdad, que hicieron en otro tiempo los Tiranos y suplicios.

Hablo tambien de aquellos Justos, que no cumplen enteramente con las obligaciones de la piedad, y que conservan aun reliquias demasiado públicas de las pasiones del mundo, y de sus máximas; y digo que persiguen á la verdad, con estas tristes reliquias de infidelidad,

dad, y flaqueza, que hacen que los impíos, y pecadores la blasfemen; que autorizan los discursos insensatos del mundo contra la piedad de los Siervos de Dios; que disgustan de la virtud á las almas, que se hallaban dispuestas para ella; que confirman en el desorden á las que buscan pretextos para mantenerse en él: en una palabra, que hacen á la virtud, ó sospechosa, ó ridícula. De este modo, como antiguamente se quejaba el Señor por su Profeta, el infiel Israel, esto es, el mundo, justifica aun todos los dias sus desordenes, comparandolos con las infidelidades de Judá, esto es, con las flaquezas de los Justos. *Justificavit animam suam aversatrix Israel, comparatione pravaricatricis Judæ.* (a) Es decir que el mundo se cree seguro, quando ve que las almas que hacen profesion de la piedad, le acompañan en sus placeres y vanidades; que se mueven como los demás hombres, con la fortuna, con el favor, con las preferencias, con las injurias; que desean sus fines, gustan aun de agradar, buscan con ansia las distinciones y gracias, y aun alguna vez, de la misma virtud se hacen camino para llegar á ellas con mas seguridad. ¡Ah! entonces es quando el mundo triunfa, asegurado con este paralelo: Entonces, advirtiendo que la virtud de los Justos se parece á sus vicios, permanece tranquilo en su estado: y cree que sería cosa inutil el mudarse, pues se retienen las mismas inclinaciones, aunque se varíe de nombre. *Justificavit animam suam, &c.*

Y aqui es adonde no puedo menos de deciros, Católicos, con aquel Apostol á quien Dios llamó de los caminos del mundo, y de las pasiones, á los de la verdad y la justicia; portemonos de tal modo entré los mundanos, que así como hasta ahora han desacredita-

(a) Jerem. 3. v. 11.

do la virtud, y menospreciado, ó censurado á los que la exercitan, las buenas obras que nos vean hacer, nuestras costumbres puras, y santas, nuestra paciencia en los desprecios; nuestra sabiduria, y nuestra circunspeccion en las conversaciones, nuestra modestia, y humanidad en la elevacion, nuestra igualdad, y sumision, en las desgracias, nuestro agrado con los inferiores, nuestro respeto con los iguales, nuestra fidelidad con nuestros amos, nuestra caridad con todos nuestros hermanos, les obligue á glorificar á Dios; les haga respetar, y envidiar la virtud; y los disponga á recibir la gracia de la luz, y de la verdad, quando se digne visitarlos, é ilustrarlos en sus errados caminos. *Conversationem vestram inter gentes habentes bonam, ut in eo quod detrectant de vobis tanquam de malefactoribus, ex bonis operibus vos considerantes, glorificent Deum in die visitationis.* (a) Cerremos la boca con el espectáculo de una vida irreprehensible á los enemigos de la virtud; honremos la piedad para que ella nos honre; hagamosla respetable, si queremos que tenga quien la siga; demos al mundo exemplos que le condenen, y no censuras que le justifiquen; acostumbremosle á pensar que la verdadera piedad es util para todo, y que tiene en sí no solo la promesa de una vida, y una felicidad futura, sino tambien la paz, la alegria, la tranquilidad del corazon, que son los unicos bienes, y los deleytes de la vida presente. *Promissionem habentes vitæ, quæ nunc est, & futura.* (b)

A esta persecucion de escandalo añade Herodes una persecucion de seduccion. Tienta la santidad, y fidelidad de los Ministros de la Ley. Quiere hacer que sirva á la impiedad de sus designios, el zelo, y la santa generosidad de los Magos: finalmente, nada olvida para

(a) 1. Petr. 2. v. 12. (b) 1. Tim. 4. v. 8.

aniquilar la verdad antes de acometerla á cara descubierta: *Clam vocatis Magis.*

Y ved aqui un nuevo modo con que todos los dias perseguimos la verdad. Primeramente debilitamos la piedad de las almas justas, tachando de exceso su fervor, y esforzandonos á persuadir las que se exceden: exortamoslas, como el tentador, á que muden sus piedras en pan; esto es, á que moderen su austeridad, y á que muden esta vida retirada, triste y laboriosa, en una vida mas cómoda, y mas comun: las hacemos temer, que no han de corresponder los fines al fervor de estos principios: en una palabra, procuramos que sean semejantes á nosotros, ya que nosotros no queremos parecernos á ellas. En segundo lugar, acaso tentamos tambien su fidelidad, y su inocencia, haciendolas vivas pinturas de los placeres de que huyen; reprehendemos, como la muger de Job, su simplicidad y flaqueza; las ponderamos los inconvenientes de la virtud, y las dificultades de la perseverancia; las hacemos titubear con el exemplo de las almas infieles, que despues de haber puesto la mano en el arado, miraron atrás, y abandonaron la obra: ¿Qué mas diré? Acaso acometemos tambien á el fundamento incontrastable de la Fé, y damos á entender la inutilidad de sus violencias, por la incertidumbre de sus promesas. En tercer lugar corrompemos con nuestra autoridad el zelo, y la piedad de aquellas personas que dependen de nosotros; las pedimos unas obligaciones, ó incompatibles con su conciencia, ó peligrosas á su virtud; las ponemos en unas circunstancias, ó trabajosas, ó peligrosas á su fé; las prohibimos los ejercicios, y observancias, ó necesarias para mantenerse en la piedad, ó útiles para adelantar en ella: en una palabra, somos sus tentadores domésticos, no pudiendo, ni gustar del bien para nosotros, ni sufrirle en los demás,

y hacemos con estas almas el oficio de demonio, que no vela mas que para perderlas: finalmente nos hacemos culpables de esta persecucion de seduccion, haciendo servir nuestros talentos á la destruccion del Reyno de Jesu-Christo: Los talentos del cuerpo para inspirar pasiones injustas, para ocupar el lugar de Dios en los corazones, para corromper las almas por quienes murió Jesu-Christo: y los talentos del espiritu para persuadir el vicio, ó adornarle con coloridos muy propios para ocultar su vergüenza, y fealdad, para presentar el veneno entre el bocado dulce, y agradable, y perpetuarle en escritos lascivos con los que un Autor desgraciado predicará el vicio, corromperá los corazones, inspirará á sus proximos las deplorables pasiones que le dominaron toda su vida: verá crecer su suplicio, y sus tormentos, á proporcion que se vaya derramando por la tierra el impuro fuego que en ella encendió: tendrá el bárbaro consuelo de declararse contra su Dios, aun despues de su muerte; de quitarle tambien las almas que habia rescatado; de ultrajar su santidad y su poder; de perpetuar su desobediencia, y sus desórdenes, aun mas allá del sepulcro, y hacer hasta la consumacion de los siglos, propios suyos, los delitos de todos los hombres. Desgraciados sean, dice el Señor, todos los enemigos de mi Nombre, y de mi gloria, que ponen emboscadas á mi Pueblo; yo me levantaré contra ellos en el dia de mi furor: les pediré la sangre de sus hermanos, á quienes engañaron, é hicieron perecer: multiplicaré sobre ellos males terribles, para consolarme de la gloria que me quitaron: *Vae genti vi insurgenti super genus meum. (a)*

Pero aquella persecucion, á la que he llamado de fuerza, y de violencia, es un ultimo genero de perse-

(a) *Jedith 16. v. 20.*

cucion mas funesta para la verdad. Por último, no adelantando Herodes nada con sus artificios, quita la máscara, se declara abiertamente perseguidor de Jesu-Christo, y quiere apagar en su Nacimiento aquella luz que viene á ilustrar á todo el mundo: *Mittens occidit omnes pueros.*

La sola relacion de la crueldad de este Principe horroriza, y no parece que un exemplo tan bárbaro pueda hallar imitadores entre nosotros; con todo eso, el mundo está lleno de esta especie de perseguidores públicos, y declarados de la verdad, y aunque la Iglesia no se halla afligida con la barbaridad de los Tiranos, y con la efusion de la sangre de sus hijos, se halla aun todos los dias perseguida con las públicas irrisiones que los mundanos hacen de la virtud, y con la pérdida de las almas fieles, que con dolor vé ceder tan frecuentemente al temor de sus irrisiones y censuras.

Si, Católicos, estos discursos que tan facilmente usais contra la piedad de los Siervos de Dios, de aquellas almas que con sus fervorosos respetos consuelan su gloria, de los delitos con que la ultrajais; aquellas irrisiones de su zelo, y de su santa embriaguez por su Dios; aquellas sátiras, que de sus personas resultan contra la virtud, y son la mas peligrosa tentacion de su penitencia; aquella severidad que usais con ellos, sin perdonarles nada, y aun mudando en vicios sus mismas virtudes; aquel estilo blasfemo y satírico, que impiamente ridiculiza la seriedad de su compuncion, que impone nombres de ironía, y de desprecio á los mas respetables exercicios de su piedad: que hace titubear su fé, que detiene sus santas resoluciones, que desanima su flaqueza, que les hace avergonzar de la virtud, que muchas veces los vuelve á arrastrar al vicio; esto es lo que llamo con los Santos Padres, per-

se-

secucion abierta, y declarada de la verdad. Perseguid en vuestro hermano, dice San Agustin, lo que ni aun los Tiranos se atrevieron á perseguir; éstos no les quitaron mas que la vida, vosotros quereis quitarlos la inocencia y la virtud; éstos solo dirigieron sus golpes contra su cuerpo, vosotros los dirigís á su alma: *Carnem persecutus est Imperator; tu in Christiano spiritum persequeris.*

¿Pues qué, Católicos, no basta el que no sirvais al Dios para quien fuisteis hechos? (Esto era lo que decian antiguamente los primeros defensorés de la Fé, los Tertulianos, y Cyprianos á los Paganos perseguidores de los Fieles, y puede creerse, que estas mismas quejas se hallen aun justas en nuestras bocas contra los Christianos) ¿No basta? ¿Habeis tambien de perseguir á los que le sirven? ¿No quereis, pues, ni adorarle, ni permitir que otros le adoren? *Deum non colis, nec coli omnino permittis?* Todos los dias estais perdonando tantas extravagancias á los Sectarios del mundo, tantas pasiones insensatas: los escusais, ¿pero qué digo escusar? Alabais los desarreglados deseos de su corazon: hallais constancia, fidelidad, y nobleza en sus mas vergonzosas pasiones, y dais honrosos nombres á sus mas indignos vicios: solamente el alma justa y fiel, el Siervo del verdadero Dios, es el que no halla en vosotros ninguna condescendencia, y solo consigue vuestros desprecios y censuras: *Solus tibi displicet Dei cultor.* Pero, Católicos, ¿es posible que entre vosotros han de estar abiertas á la pública licencia los placeres de los teatros, y de los espectáculos, sin que en esto haya contradiccion? ¿Que el furor del juego ha de tener sus partidarios, y esto se haya de sufrir? ¿Que la ambicion ha de tener sus adoradores y esclavos, y se les ha de alabar; la liviandad sus víctimas y altares, sin que nadie se los dispute; la avaricia sus idólatras, y nadie habla palabra? ¿Que todas

las



las pasiones; como otras tantas divinidades sacrilegas, han de tener establecido su culto, sin contradiccion, y solamente el Señor del universo, el Soberano de todos los hombres, y el solo Dios de la tierra, ó no ha de ser servido, ó no podrá serlo, sin que se reprehenda, y castigue á los que le adoran? *Et Deus solus in terris, aut non colitur, aut non est impuné quod colitur?*

¡Gran Dios! Vengad vos mismo vuestra gloria; restituid hoy á vuestros Siervos el honor que los impíos no cesan de quitarlos; no hagais salir, como en otro tiempo, de las cabernas de los montes, bestias crueles que despedacen á los que desprecian la virtud, y santa sencillez de vuestros Profetas; pero entregadlos á sus desordenados deseos, mas crueles é insaciables aun, que los Leones, y los Osos, para que fatigados, despedazados con las inquietudes secretas, y con los furores de sus propias pasiones, puedan conocer el valor, y la excelencia de la virtud que desprecian, y aspirar á la felicidad, y suerte de las almas que os sirven.

Porque, Católicos, vosotros á quienes se dirige este discurso, permitid que os diga aqui con dolor: ¿es posible que hayais de ser el instrumento de que se vale el demonio para tentar á los escogidos, y encadenarlos, si fuera posible, en el error? ¿Es posible que solo hayais de vivir en la tierra para justificar las profecías de los libros santos acerca de las inevitables persecuciones que han de padecer todos aquellos, que quisieren vivir en la piedad, que es en Jesu-Christo? ¿Es posible, que la persecucion terrible de la Fé, y de la virtud, que ha de durar tanto como la Iglesia, no halle su continuacion, y perpetuidad, sino en vosotros solos? ¿Es posible, que en defecto de los Tiranos, y de los suplicios, el Evangelio halle aun en vosotros solos su escollo, y su escandalo? Renunciad, pues,

pues, vosotros mismos á la esperanza que es en Jesu-Christo; uníos con aquellos pueblos bárbaros, ó con aquellos hombres impíos que blasfeman de su gloria, y de su Divinidad, si es que el vivir baxo de sus leyes, y el observar sus máximas os parece digno de irrision. Un infiel, un salvage pudiera creer que nosotros que le servimos y adoramos, vivimos en el error; pudieran compadecerse de nuestra credulidad, y de nuestra flaqueza, viendo que sacrificamos lo presente por lo futuro, y por una esperanza que les parecería quimérica y fabulosa: pero á lo menos estarian precisados á confesar, que si no nos engañamos, y si nuestra fé es cierta, somos los mas sabios y los mas dignos de estimacion de todos los hombres; pero vosotros que no os atreveriais á dudar de la certidumbre de la Fé, y de la esperanza que es en Jesu-Christo, ¿cómo os parece que miraria este infiel las censuras que haceis de sus siervos? ¿Os humillais delante de su Cruz, os diria, como en presencia de la prenda de vuestra salud, y os burlais de los que la llevan en el corazon, y ponen en ella toda su esperanza? ¿Le adorais como á vuestro Juez, y despreciais y satirizais á los que le temen y trabajan por tenerle favorable? ¿Creeis que es fiel en su palabra, y mirais como espíritus flacos á los que confian en él, y lo sacrifican todo á la grandeza y certidumbre de sus promesas? ¡Oh hombre extraordinario, y tan lleno de contradicciones, que tampoco concuerdas contigo mismo! exclamaria el infiel: luego es preciso que el Dios de los Christianos sea muy grande y muy santo, pues solo permite entre los que le adoran unos enemigos, cuyas impugnaciones son de tan poco fundamento.

Respetemos, pues, la virtud, Católicos; honremos los dones de Dios, y las maravillas de su gracia en sus siervos, merezcamos con nuestros respetos, y

con estimar la piedad, el beneficio de la piedad misma; miremos á los justos, como á los unicos que atraen todavia las gracias del cielo sobre la tierra; como los recursos establecidos para reconciliarnos algun dia con Dios; como signos felices que nos señalan, que el Señor mira aun á los hombres con piedad, y continúa sus misericordias á su Iglesia. Alentemos con nuestros elogios á las almas que se vuelven á él, si es que no podemos alentarlas con nuestro exemplo; alabemos su mudanza, si es que no creemos podernos mudar nosotros mismos; precieémonos á lo menos de defenderlos, si es que nuestras pasiones no nos permiten aun el imitarlos; honremos á la virtud; no tengamos mas amigos que los amigos de Dios; no contemos con la fidelidad de los hombres; sino en quanto son fieles al Señor que los ha hecho; no declaremos nuestros pesares y penas sino á los que pueden ofrecerlas al que solo puede consolarnos; no nos persuadamos á que toman parte en nuestros verdaderos intereses sino los que entran en los intereses de nuestra salud; allanemos los caminos de nuestra conversion; dispongamos al mundo, con nuestro respeto á los justos, á que algun dia no se admire de vernos tambien justos á nosotros; no formemos con nuestras irrisiones y censuras un respeto humano é invencible, que nos impida siempre el declararnos discipulos de la piedad, á quien tan públicamente hemos despreciado; demos gloria á la verdad; y para que ella nos liberte, recibamosla con religion como los Magos, luego que se nos manifestó; no la disimulemos como los Sacerdotes, quando somos deudores de ella á nuestros proximos; no nos declaremos contra ella como Herodes, quando no nos la podemos disimular á nosotros mismos; para que despues de haber seguido en la tierra los caminos de la verdad, seamos algun dia todos juntos santificados en la verdad, y consumados en la caridad.

*Asi sea.*

1103

11

ANA-

# ANALISIS

## DE LOS SERMONES

contenidos en este primer tomo.

DIA DE TODOS SANTOS.

SOBRE LA FELICIDAD DE LOS  
*Justos.*

Division. **L**A felicidad de los Justos en la tierra consiste: I. En las luces de la Fé, que suaviza todas las penas del alma fiel, y hace las del pecador mas amargas. II. En las suavidades de la gracia, que calman todas las pasiones, y que siendo negadas al corazon corrompido, le dexan entregado á sí mismo.

I. Parte. Ya sea que una alma movida de Dios se acuerde de lo pasado, y de los tiempos de sus desordenes, que precedieron á su penitencia; ya sea que considere lo que actualmente pasa en el mundo á su vista; ya sea, finalmente, que considere lo futuro, su fé le dá motivos de consuelo y alegria; quando al contrario, el alma que vive en el desorden no halla en estos tres estados mas que amarguras y temores secretos.

I Por mas entregado que esté un pecador á los deleytes, es imposible el que en algunos instantes no se representen á su memoria sus delitos; y estas imagenes importunas le turban, le fatigan, y le confunden, manifestandole como reunidas en un punto unas

Tt 2

fla-